

The poster features a futuristic cityscape at the bottom with flying cars and tall buildings. The top half shows a fiery, apocalyptic sky with a large, glowing face of a man's profile. The title 'EL QUINTO ELEMENTO' is written in large, stylized, metallic letters across the middle.

EL QUINTO ELEMENTO

**Una novela de Terry Bisson
basada en el guion de Luc Besson
y Robert Mark Kamen**

Cada quinientos años se abre una puerta entre las dimensiones. En nuestro Universo, los cuatro elementos (aire, tierra, agua y fuego) han dado lugar a una multitud de formas de vida. Al otro lado de esa puerta, en otra dimensión, existe un ser oscuro que espera pacientemente, en el umbral del Universo, para extinguir toda forma de vida y de luz.

Cada quinientos años, el Universo necesita un héroe, y en la New York del siglo XXIII, un héroe es algo difícil de encontrar.

1

Era 1913 y aún no había comenzado la «guerra para terminar todas las guerras», la Primera Guerra Mundial.

Pero había otras guerras.

En el linde del desierto, donde los campos de la aldea se encontraban con las dunas, se libraba la milenaria Guerra del Desierto contra el Nilo, y un año la batalla dejaba un poco más de arena, al siguiente un poco más de suelo cultivado.

En un sendero que se internaba en el desierto alejándose de los campos, una mula que trotaba con un chico en el lomo libraba la Guerra del Animal contra el Hombre. La mula andaba cada vez más despacio, hasta que el chico le pegó con un palo entre las orejas, ganando provisionalmente esa guerra.

—Andando —dijo Omar en un dialecto nativo tan antiguo como las tumbas que moteaban el paisaje—. Pero tampoco te apures demasiado —añadió.

El chico, por su parte, libraba la eterna Guerra de los Jóvenes contra los Adultos. Lo habían mandado a buscar agua, y no tenía prisa en regresar para que los mayores pudieran darle más órdenes.

Entretanto se preparaban otras guerras, guerras de las que nada sabían los chicos ni las mulas.

El sendero se internaba en el desierto serpenteando entre las dunas. El sol caía a plomo sobre las ruinas desperdigadas. Ninguna de ellas tenía nombre.

Con los años, las antiguas tumbas y templos iban y venían como nubes, a medida que las arenas siempre en mo-

vimiento las cubrían y descubrían. A veces Omar pensaba que se movían las ruinas y no las dunas, pues el eterno desierto parecía mucho más sustancial que las tumbas y los templos que aparecían y desaparecían según el capricho de los elementos.

Omar pasó junto al Ford T del profesor, sepultado en la arena hasta las ruedas. Más tarde su tío iría a sacarlo con un camello. Por un precio.

Omar y su mula avanzaron por el fondo del *uad* y treparon por la loma que conducía a la nueva tumba. Aun a esa distancia era imponente.

Omar nunca la había visto. Su tío decía que había aparecido varias veces en el pasado, pero los saqueadores de tumbas la ignoraban porque no contenía ningún tesoro.

—No es para nosotros —dijo.

El tío de Omar era un saqueador de tumbas.

Los lugareños saqueaban tumbas y templos buscando oro. Los europeos viajaban allí para saquearlas en nombre de algo que llamaban ciencia.

Los europeos intrigaban a Omar. Eran más niños que hombres. Eran crueles como niños, pero de risa fácil. Como los niños, no parecían tener interés en el oro ni la plata. El profesor italiano estaba tan entusiasmado con las inscripciones que había encontrado como un «auténtico» saqueador que hubiera encontrado argollas de oro o cestos de piedras preciosas.

Aun semienterrado en la arena, el templo era imponente. Las enormes columnas de la entrada empequeñecían a los dos jóvenes que aguardaban afuera, sosteniendo espejos para reflejar luz dentro del templo, un viejo truco de los saqueadores de tumbas.

Los chicos agitaron el brazo.

—¡Agua! —gritaron, y Omar se detuvo para darles unas gotas de los odres de piel de cabra.

—No tenéis sed —les dijo—. Sólo aburrimiento. Agradeced que tenéis un trabajo.

—Deja de jugar al *sahib* —dijo Mahmoud, que sostenía el espejo más grande—. Eres solamente un aguador.

Omar decidió ignorarlo.

Dejó la mula a la sombra y entró. Omar sabía que el profesor y su asistente americano, Billy, tendrían sed. Los europeos bebían mucha agua.

Los espejos de la puerta alumbraban un largo corredor. Omar avanzó contra la pared para no tapar la luz.

Otro chico sostenía otro espejo en el extremo. Su trabajo era enfocar el haz hacia el interior y asegurarse de que la luz siguiera al profesor y su asistente hasta la gran cámara.

Pero ese chico ya estaba haciendo algo mal. Cabeceaba, adormilándose por causa de la penumbra, del aire enrarecido o del parloteo del arqueólogo italiano que explicaba los jeroglíficos que cubrían el extremo de la gran cámara.

—¡Oye, Aziz!

La voz del profesor resonó en la cámara.

El chico se irguió, y su luz recorrió el interior de la cámara como un relámpago plateado.

—¡Presta atención! —rezongó el profesor.

—¡Sí, Aziz! —susurró Omar. Se detuvo en la puerta, saboreando el último momento de libertad antes de que lo vieran los adultos. Estaba fascinado por esa cámara con su pared cubierta de trazos. En la obscuridad parecían inscripciones, pero cuando les daba la luz parecían fulgar con magia, promesas y poder.

El profesor señalaba los ideogramas desde una escalera desvincijada, mientras Billy, el joven americano, los dibujaba en su cuaderno de bocetos.

A Omar le gustaba Billy. Le agradaba verle trabajar. Billy dibujaba sin siquiera mirar el cuaderno que tenía en la mano, pero sus dibujos eran casi tan perfectos como las nuevas «fotografías» que Omar había visto en una «revista» de El Cairo.

Omar pensaba que los científicos (que amaban las novedades) habrían preferido fotografías, pero la iluminación

del templo era insuficiente.

Omar recogió sus sacos de agua, disponiéndose a cruzar la habitación, cuando sintió una mano huesuda en el hombro.

Se sobresaltó, pero al mirar atrás vio una figura menuda y familiar.

Omar conocía al viejo sacerdote. Hacía años que vivía en el linde del desierto. No era del todo europeo, pero tampoco del todo egipcio.

El sacerdote cogió el odre que Omar llevaba en el hombro.

—Yo me encargaré, hijo mío.

Omar asintió y le entregó el saco de piel de cabra. El viejo sacerdote lo ponía nervioso, aunque no sabía por qué.

—Ve con Dios —dijo el sacerdote, haciendo la señal de la cruz en la frente del chico.

Lo dejó en las sombras y caminó con el odre hacia la escalera donde el italiano estaba revisando la inscripción, carácter por carácter.

—Cuando los tres planetas estén en eclipse —decía el profesor, recorriendo los extraños caracteres con los dedos, como si leyera Braille—. El agujero negro, como una puerta, está abierto. El mal llega, sembrando terror y caos.

Señaló un ideograma donde una serpiente se deslizaba entre tres planetas. La escalera se balanceó peligrosamente.

—¿Ves, Billy? —le dijo al joven—. La serpiente, Billy. Procura registrar la serpiente. El mal supremo. Asegúrate de registrar la serpiente.

Billy dibujaba sin mirar abajo, las manos rápidas, los trazos seguros.

—¿Y cuándo se supone que esta serpiente se presentará en escena? —preguntó secamente.

El profesor ignoró su sarcasmo. Se volvió hacia la pared y pasó los dedos por la inscripción.

—Si esto significa cinco, y esto significa mil... cada cinco mil años.

—Entonces tenemos tiempo —dijo Billy.

El viejo sacerdote se detuvo en medio de la cámara. Torció el gesto al oír el tono sarcástico del americano.

«¡Si él supiera!» Por un instante, el sacerdote vaciló. Ese joven era ignorante, a fin de cuentas. Y la ignorancia era una especie de inocencia. Él no sabía nada.

Luego el sacerdote oyó el murmullo del profesor, que leía la inscripción:

—Conque aquí tenemos estos diferentes pueblos, o símbolos de gente, reuniendo estos cuatro elementos de vida: agua, fuego, tierra, aire...

Los dedos del profesor se detuvieron en el único ideograma que tenía forma humana.

—En torno a un quinto elemento.

El sacerdote supo que tenía que hacer lo que se había propuesto.

Sacó un frasco envejecido del bolsillo de su tosca sotana negra. Lo abrió y frunció la nariz al sentir el punzante olor de ese polvo seco.

Abrió el odre mientras el profesor seguía murmurando:

—Es como si estas personas dieran algo de sí para fabricar a esta criatura.

—Que Dios me perdone —susurró el sacerdote mientras echaba el polvo de la pócima en el saco de agua—. Ya saben demasiado. Demasiado.

El profesor seguía hablando con emoción. Sus dedos se detuvieron en el ideograma.

—Este ser en el cual reside toda la historia del universo... toda la fuerza, toda la esperanza... para protegernos del Mal.

—Amén —dijo el viejo sacerdote, vertiendo agua en una taza de estaño.

El profesor bajó la vista y reparó en su presencia.

—Padre —dijo—. Esto es extraordinario. El hallazgo más grande de la historia. Mire usted...

El sacerdote asintió gravemente.

Entusiasmado con sus propias palabras, el profesor bajó la voz y habló más despacio, como si rezara.

—Aquí está el Bien, aquí el Mal, y aquí...

Señaló los símbolos de los cuatro elementos, dispuestos alrededor de la figura central.

—¡Un arma contra el Mal! ¡Fenomenal! ¡Seré famoso!

—Entonces brindemos por su fama. Ten, Billy —dijo el sacerdote dándole la taza al joven artista antes de servir otra para el profesor.

Billy empezó a beber mientras el profesor bajaba de la escalera.

—Beba —dijo el sacerdote, dándole la taza.

El profesor la alzó.

—¡Por la fama! *Salute!*

De pronto bajó la taza sin probarla.

—No podemos brindar con agua. Billy, hay *grappa* en mi mochila.

Ante los horrorizados ojos del sacerdote, el profesor arrojó el agua al piso del templo. Billy vació su taza y corrió al pasillo.

«Un comienzo apropiado —pensó el sacerdote con desconsuelo—. ¡He matado al inocente!»

«No está mal» pensó Billy. Habitualmente el agua de aquellos sacos de piel sabía demasiado... a cabra.

Pero esta vez era más dulce.

Tal vez el aguador, Omar, la había extraído de un pozo mejor. O tal vez el saco estuviera más limpio que de costumbre.

«Vete a saber» pensó Billy, mientras atravesaba el largo pasillo que conducía hacia la brillante luz del sol del desierto. Se cubrió los ojos para protegerse del resplandor de los espejos.

Había recorrido la mitad del pasillo cuando encontró la mochila del profesor. Al agacharse para recogerla oyó un ruido sordo y sintió que la luz cambiaba.

Algo sucedía fuera del templo. ¿Una tormenta repentina? «Imposible» pensó Billy. Allí no había tormentas repentinas. Egipto no era Indiana, donde un temporal podía arreciar y amainar en cuestión de minutos.

Aquí el calor era implacable y las pocas nubes permanecían a gran altura, como temiendo que la gente las arrancara del cielo y las exprimiera para sacarles la poca humedad que contenían.

Billy sintió un mareo. ¿Qué era eso? ¿Un relámpago? ¿Un trueno? Los ruidos sordos eran cada vez más intensos.

Billy abrió la cremallera de la mochila y encontró la ametralladora que el consulado le había dado al profesor para que la llevara consigo. El profesor, que odiaba las armas, la había llevado pero la había dejado en la mochila.

Era una Sten último modelo.

Debajo de la ametralladora Sten estaba la *grappa*. La botella había perdido más de cuatro centímetros desde la mañana. Billy sospechaba que el profesor la usaba para «facilitar» su traducción de los jeroglíficos.

«Qué más da» pensó. Regresaría a Indiana en pocos meses, a menos que...

Pero ¿por qué se sentía tan mareado?

La entrada del templo estaba oscura, y el «trueno» crecía cada vez más.

Luego cesó.

Billy se acercó a la puerta. Los jóvenes que sostenían los espejos miraban hacia arriba, desconcertados.

Billy vio una inmensa nave de metal, erguida sobre su base.

En el costado de la nave se abría una puerta.

Lo que salió no era humano.

—Esta persona perfecta —leyó el profesor—, este ser perfecto...

Miró al viejo sacerdote, que cerraba los ojos y juntaba las yemas de los dedos, como rezando.

—Sé que ésta es la clave —dijo el profesor—. Pero no entiendo. «¿Perfecta?» ¿Qué querrá decir?

—Perfecta significa perfecta —sugirió el sacerdote.

Los chicos corrieron hacia las dunas dando gritos.

Billy se refugió en las sombras del templo. No sabía si corría para salvar su pellejo, su cordura o los dibujos que había dejado en la mochila del profesor.

Se agachó para recogerla cuando oyó pasos a sus espaldas en el pasillo.

Fueran lo que fueren, estaban entrando.

Apretándose contra la pared, Billy se ocultó en las sombras mientras una hilera de enormes seres pasaba de largo. Parecían moverse despacio, pero en un momento, como si se desplazaran dentro de otro tiempo, se habían adentrado en el pasillo.

Cubiertos con una reluciente armadura metálica, eran macizos como enormes tortugas erectas, aunque se movían con sorprendente gracia y celeridad. No parecían tener cabeza, hasta que Billy vio que algo parecido a una cabeza de ave les nacía en el centro de un tórax enorme.

Billy metió la mano en la mochila del profesor. Sentía un hormigueo en los dedos. Estaba mareado.

¿Era posible que todo fuera un mal sueño?

El sueño se transformó en fría realidad cuando cerró los dedos sobre el acero de la Sten.

—Y esta luz divina que mencionan los jeroglíficos... —dijo el profesor—. ¿Qué es «luz divina»?

En ese momento, como en respuesta a sus palabras, la cámara se oscureció. Un vasto rumor llenó el aire. Las paredes del templo temblaron.

—¡Aziz! —gritó el profesor sin volverse—. ¡Luz!

La cámara se llenó de luz.

—¡Eso es! ¡Mucho mejor! —dijo el profesor desde la escalera—. Gracias, Aziz.

El profesor siguió leyendo los caracteres de la pared. La luz era más fuerte que nunca, y revelaba aún más sutilezas en la inscripción.

—Padre, esto es lo más increíble que he visto. ¿No le...?

El profesor se volvió y vio por qué el sacerdote no respondía. Estaba arrodillado frente a un enorme ser que parecía un hombre.

Pero no era un hombre.

Tenía dos metros y medio de altura, era corpulento como un oso pardo y llevaba armadura.

—¿... parece? —concluyó el profesor, mientras dos enormes brazos (o algo parecido) lo cogían por las axilas y lo bajaban de la escalera.

—¿Es usted alemán? —preguntó el profesor, pataleando en el aire.

Ninguna respuesta.

—*Sprechen sie Deutsche* —jadeó el profesor.

Ninguna respuesta.

¿Dónde estaba Billy? Presa del pánico, el profesor miró a su alrededor. Junto a las paredes, más criaturas sostenían esferas relucientes que alumbraban la cámara.

El viejo sacerdote estaba tendido en el suelo. El profesor siempre había pensado que era cristiano, tal vez copto, o de una de esas extrañas sectas del desierto.

Pero parecía estar adorando al líder de esas criaturas, que se erguía sobre él. Le estaba hablando.

—Amo —dijo el sacerdote—. Estaba a punto de descubrirlo todo, pero yo tenía la situación bajo control.

Tendido en el frío piso de piedra, miraba al comandante mondoshawan.

El mondoshawan extendió la mano y ayudó a incorporarse al viejo sacerdote. Su voz era profunda pero asombrosamente cálida.

—Siervo —dijo—, tú y los mil guardianes que te precedieron realizasteis bien vuestra tarea, pero la guerra se

aproxima.

—¿Guerra?

El sacerdote tembló.

La criatura asintió con un gesto mínimo y distante y dijo:

—Debemos protegerlos.

—¿Proteger a quiénes? ¿Proteger qué? —preguntó el profesor, tratando en vano de hablar sin gimotear.

Era sorprendente cómo se perdía la dignidad cuando uno no podía tocar el suelo con los pies.

El líder no respondió. Caminó hacia la pared cubierta de jeroglíficos y acarició la superficie lisa, como buscando una apertura.

Una apertura que no podía existir.

Pero existía.

—¡Increíble! —jadeó el profesor cuando la criatura insertó un dedo metálico en la apertura. La pared se deslizó, abriéndose con un áspero chirrido de piedra sobre arena.

Las dos criaturas dejaron al profesor en el suelo. Mientras él todavía procuraba recobrar el equilibrio, el líder entró por la puerta e indicó a los demás que lo siguieran.

El viejo sacerdote vaciló un instante, luego los siguió también.

El profesor estaba a punto de seguirlos cuando una de las criaturas que se había quedado movió la mano metálica sobre la cabeza del profesor.

Suavemente, como una plegaria o un hechizo.

El profesor cayó al suelo, inconsciente.

El viejo sacerdote nunca había estado en esa sala interior. Era de un material diferente de la gruesa piedra rojiza que formaba la cámara exterior del templo.

Las paredes eran lisas y brillantes, como mármol luminoso. Se elevaban formando una empinada pirámide de cuatro lados.

En cada rincón de la sala había una piedra rectangular de treinta centímetros. Cada piedra resplandecía con un color diferente: rojo, verde, azul y amarillo.

En el centro de la sala había un sarcófago luminoso sobre un altar bajo.

El líder mondoshawan se detuvo ante el altar y miró el sarcófago con reverencia, como confirmando que incluso los dioses tienen dioses.

El viejo sacerdote estaba a su lado.

—El Quinto Elemento —susurró el sacerdote, como en una plegaria.

El jefe mondoshawan asintió, mostrando lo que podría haber sido una sonrisa.

Pidió una caja a uno de sus seguidores, un simple maletín de un material parecido al aluminio, pero más cálido.

Abrió el maletín y lo extendió.

Cuatro mondoshawans fueron hasta los cuatro rincones de la sala y llevaron al jefe las cuatro piedras relucientes, una por una.

Las piedras encajaban perfectamente en el maletín.

—Comandante...

El jefe cerró la caja y miró al sacerdote en silencio.

—Si te llevas el arma, quedaremos indefensos en caso de que regrese el Mal —dijo el sacerdote.

El mondoshawan asintió.

—Si regresa el Mal, también regresaremos nosotros.

El sacerdote inclinó la cabeza.

—¡Manos arriba!

La voz venía de la entrada.

El viejo sacerdote dio media vuelta y vio a Billy, el joven asistente del profesor. El artista. Pero en vez de sostener papel y lápiz, blandía un arma de aspecto maligno.

—¡Que nadie se mueva! —dijo Billy.

Entró en la sala como si estuviera borracho. Sólo el viejo sacerdote sabía que sufría los efectos del agua envenenada.

—¡Que nadie se mueva! —repitió Billy—. Os lo advierto. Tengo un arma. Y sé usarla. ¡Liberad al sacerdote!

«¡Cree que me está salvando! —pensó el asombrado sacerdote—. Y he sido yo quien lo ha condenado.»

Se aproximó al joven.

—¡No, hijo mío! —gritó—. Los mondoshawans son nuestros amigos. Vienen en paz. ¡Baja el arma!

—¿Amigos? —preguntó Billy. Señaló el cuerpo del profesor, que yacía en la cámara externa—. Han matado al profesor. ¡Son monstruos!

—No, Billy.

El sacerdote aminoró el paso. El joven se tambaleaba meciendo peligrosamente la ametralladora.

El sacerdote extendió la mano.

—Confía en mí —dijo en su voz más firme—. Baja el arma.

Pero los lentos movimientos del viejo sacerdote parecían aterrorizar a Billy en vez de tranquilizarlo.

Retrocedió.

—¡No! ¡Usted es uno de ellos! Usted...

Tropezó, perdió el equilibrio y cayó. La Sten que Billy llevaba en la mano roció con una lluvia de balas el techo y las paredes de la cámara interior.

¡RATATATATATAT !

—¡No! —gritó el sacerdote—. ¡No!

¡RATATATATATAT ! Esquirlas de piedra y arena arrancadas por las balas mordieron las mejillas del sacerdote. A sus espaldas, vio que el líder mondoshawan recibía un balazo y caía. Los demás lo rodearon.

Billy cayó hacia atrás y atravesó la puerta para ir a caer en la cámara externa. Su cabeza golpeó el suelo de piedra con un crujido.

Todo terminó tan pronto como había empezado. Billy yacía en el piso de la cámara externa, inconsciente.

El sacerdote se persignó, alzó la vista.

La puerta se estaba cerrando.

—¡Deprisa! —exclamó. Corrió hacia el líder mondoshawan, que había recibido varios impactos de la Sten. No

había sangre, pero el sacerdote oía el lento siseo de los gases vitales del alienígena, que se evaporaban en el aire seco del desierto.

El sacerdote trató de ayudar al líder mondoshawan a levantarse, pero era como tratar de mover un piano.

El líder entregó el maletín de metal a un subalterno. Otro ya se llevaba el sarcófago que estaba sobre el altar. La puerta se cerraba rápidamente.

—¡Deprisa! —repitió el sacerdote.

El jefe mondoshawan sacudió la diminuta cabeza, despacio pero enérgicamente.

—Siervo —dijo—, he aquí tu misión. Mantén preparado el templo. Comunica el conocimiento tal como se te comunicó a ti.

—Haré lo que ordenes —respondió el sacerdote—. Pero date prisa, por favor. Aún tienes tiempo.

El mondoshawan se levantó del suelo de piedra y empujó al sacerdote por la entrada que se cerraba rápidamente.

—El tiempo no tiene importancia —dijo—. Sólo la vida es importante.

—Pero...

La puerta se cerró sobre la mano del jefe mondoshawan. El dedo, que también era una llave, se cortó. Tintineó como una campanilla cuando cayó a los pies del sacerdote.

La mula rebuznaba frenéticamente, aterrorizada.

Omar trató de calmarla, luego retrocedió para poder ver mejor aquella nave gigantesca. Era tres veces más larga que las naves de los europeos, y se mantenía erguida sobre la arena.

Luego desapareció con un rugido. Muy despacio, pero súbitamente.

Encandilado, Omar siguió a Aziz hacia el templo. El corredor estaba oscuro. La puerta que se había abierto estaba cerrada, y la cámara estaba igual que antes.